

Júntanse en la mitad del ancho espacio,
Al balconaje en que Almanzor estaba,
Hacen la reverencia, y en seguida
Dan tres vueltas en torno á la estacada.

Al compás de las trompas y atabales
Mézclanse ambas cuadrillas y se enlazan,
Y una marcial escaramuza enredan,
Y mil figuras de vistosa danza.

Ora forman un círculo extendido
Al pausado galope, ora se apartan,
O se embisten, y prestos retroceden,
O ya de dos en dos á escape pasan:

Mostrando agilidad y gentileza,
Y cómo los caballos avasallan,
Que obedientes al freno y acicate,
Corren, se empinan, se revuelven, paran:

Descollando entre todos los mancebos
Por su destreza y su beldad Mudarra,
Que la atención del pueblo numeroso
Roba, y los ojos del concurso encanta.

—Un muro artificial al lado había
De firmes traveses y de gruesas tablas,
Y enfrente ambas cuadrillas se ordenaron,
Armadas ya de ponderosas lanzas.

A ejemplo de sus cabos los jinetes
En los grandes estribos se levantan,
Echan el brazo atrás con gallardía,
A sacudir los fresnos se preparan;

Y dando un grito agudo, á un tiempo mismo
Todos las picas con esfuerzo lanzan,
Que el viento como aristas penetrando,
Dan contra la fortísima muralla.

Otras en pos despiden, y otras luégo,
Y las agudas puntas aceradas
Hacen temblar la máquina, la rompen,
Y los gruesos tablonces desencajan.

Brazo ninguno con tan alto brio
Suelto sacude las fornidas lanzas,
Ni mano alguna el blando freno rige,
Como el brazo y la mano de Mudarra.

Cuántas picas arroja, rehilando
Destrozan y atraviesan gruesas tablas,
Y si un duro pilar acaso topan,
Los penetrantes hierros lo traspasan.

El muro viene á tierra derribado
Cubriéndose de astillas la ancha plaza:
Así la miés opima desaparece,
Si el granizo la embiste y la anonada.

De esclavos un tropel y de cautivos
Con gran presteza los despojos saca,
Y con agudos dardos los mancebos
Se acometen y hieren las adargas;



Y luégo uno con uno se encontraron
En vez de picas con ligeras cañas,
Que al herir en los petos y paveses,
En menudos pedazos se quebrantan.

Ya el sol al occidente descendía,
Y para fin de la marcial jornada,
A correr la sortija ambos caudillos,
Mudando de caballo, se preparan.

En una flecha, cuyo agudo hierro
A un erguido pilar clavado estaba,
Sendos anillos de diamante penden,
Cada cual en la punta de una banda.

Las dos cuadrillas á una y otra parte,
Dejando el campo libre, se separan;
Y el primero Zeir empuña altivo
Una delgada y primorosa lanza.

En un overo de tendidas crines,
Que apenas cabe en la anchurosa plaza,
La rienda floja, el acicate á punto,
La pica en ristre, á la sortija marcha;

Y más veloz que el mismo pensamiento,
Y seguro del triunfo, se abalanza;
Pero en la flecha con la punta toca,
No en la sortija, y desairado pasa.

Revuelve lleno de vergüenza y furia,
Rompiéndole al overo las ijadas,
Y otra vez yerra el golpe, porque el brazo
Iba temblando de despecho y rabia.

Por la tercera vez la suerte intenta,
Y la yerra también. En tierra clava
Con gran furor la reformida pica,
Se da en la roja frente una palmada,

Da injustos sofrenazos al caballo,
En cuya sangre el acicate baña,
Y sin más esperar, á toda rienda
Corrido se salió de la estacada.

El numeroso pueblo de él no cura,
Teniendo ya los ojos en Mudarra,
Que sale á ver si acaso es más dichoso,
En una yegua como nieve blanca.

Recorre en un galope sosegado
Y con gran timidez la extensa plaza:
Hondo silencio en el concurso reina,
Que inmóvil verle triunfador aguarda;

Y cuando llega enfrente á la sortija,
Pica la yegua leve como el aura,
Que cual la vista rápida parece
Que no toca la arena con la planta,

Pero el jinete á fuerza de cuidado
Lleva la punta de la pica baja,
Y aunque va firme el puño en la arandela,
Deja atrás la sortija, y no la ensarta.

El Hagib Almanzor muestra disgusto,
Giafar lo mira con sonrisa amarga,
Demúdase Kerima, el gran gentío
Manifiesta inquietud; mas todos callan.

El garzon sin turbarse, de la yegua
El grueso cuello y crespas crin halaga;
La rienda acorta, afirma los estribos,
Atrás el capellar airoso aparta,

Y con los ojos fijos en la prenda,
Y la mano en el cuello de la lanza,
Con despejo y con noble gallardía,
A escape y sin temor de nuevo arranca.

La acicalada punta en el anillo
Introduce, y tras sí gallardo saca,
Hendiendo el aire y dándole vislumbres,
Cual leve exhalación, la rica banda.

Un grito de placer en torno suena;
El Hagib del balcon el cuerpo saca,
Sin pensarlo Giafar (aunque al momento
Se arrepiente y se enoja) ¡bravo! exclama.

El corazón palpita de Kerima,
Púrpura ardiente su semblante esmalta,
Y va á aplaudir; pero la acción suspende,
Y los ojos temblando al suelo baja.

—Por competencias de poder y mando,
Con la familia de Zeir estaba
Desabrido Almanzor, y ve gozoso
Su orgullosa altiveza desairada.

Ensalzar quiere al Huérfano, y honrarle,
Y resuelto prorrumpe en voces altas:
«Giafar, dar algún premio es necesario
Al que es tan diestro en manejar la lanza.

»Venga á nuestro balcon, y de su cuello
Colguemos esta corva cimitarra.»
Dijo, y la suya se quitó, la suya,
Par casi al Zulfaker (17) en gloria y fama.

Giafar con gran frialdad, «Ambas cuadrillas,
Dice, han ganado prez en esta plaza:
Si vos premiais al jefe de la una,
Yo al otro premiaré.» De estas palabras

No hizo caso Almanzor: en el momento
Que el joven suba á su presencia manda;
Y la prenda del triunfo atada al brazo,
Tímido en el balcon entró Mudarra.

De pié los personajes le reciben,
El Hagib Almanzor tierno le abraza,
Y va á echarle en el cuello el talabarte
De que pende la rica cimitarra;

Mas lo suspende, y á Kerima dice:
«La dicha y la destreza de las armas
De la beldad tan sólo por la mano
Deben, señora, ser recompensadas;»

Y en las de la hermosísima doncella
El rico alfanje pone. Demudada,
Los ojos ella vuelve hácia su padre,
Cuyo semblante enciende horrenda rabia,

Y de rubor cubiertas las mejillas,
De gozo y miedo el corazón, turbada,
Al mancebo, que tiembla palpitante,
Entrega el premio con modesta gracia.

Que el jóven á sus piés la banda ponga,
Todos, y áun Almanzor, acaso aguardan;
Mas no la puso, que á distinto objeto,
Desde que la ganó, la destinara.

Tornó el alegre pueblo á sus hogares,
Almanzor con el Huérfano á su alcázar,
Y Giafar á Zeir por premio envía
Un arco persa con su rica aljaba.

Kerima en su magnífico aposento
Entre confusos pensamientos vaga:
Ya amor su corazón enseñorea,
Y ella aún lo ignora, aunque en amor se abraza.

La fiesta popular, la augusta boda,
Los banquetes, las músicas, las danzas,
El concurso y los lances del torneo,
Todo en su mente revolando pasa;

Mas siempre en ella, entre el tropel confuso
De recuerdos sin fin, mira á Mudarra,
Que es el blanco de todas sus ideas,
Que es el anhelo solo de su alma.

Ya la anciana nodriza de sus brazos,
De su frente y blanquísima garganta,
Besando cariñosa sus mejillas,
Las espléndidas joyas le desata:

Y al verla tan suspensa, se sonríe,
Y con malicia, de su edad no extraña,
«¡Ay, Kerima! le dice, ¿de las fiestas
Vuelves tan pensativa y tan turbada?...

» ¡Hija de mi cariño!... ¿qué te aflige?...
Tu tierno corazón conmigo ensancha.
¿Has por ventura visto á otra doncella
Más ricas joyas ó mejores galas?...

» Más beldad no es posible, pues tú eres
La rosa de oro y el ciprés de plata
Del imperio andaluz... Y en la riqueza,
En perlas y almaizares ¿quién te iguala?...

» ¿No respondes?... De fiestas y torneos,
Y de banquetes públicos se saca...
Cansancio... nada más... En otros tiempos
Mayor recogimiento se estilaba.

» Cuando Alhaken, cuando Alhaken vivía,
Una ilustre doncella no pisaba
Jamás la calle... siempre en sus jardines...
Siempre... mas todo en este mundo cambia...

» Matar infieles era el solo empleo
De nuestros buenos padres... sí... ¡Mal haya
Quien inventó las justas y festines,
Las músicas, los versos y las zambras!»

La inocente Kerima con zozobra
Oye de su nodriza las palabras,
Y tiembla silenciosa, recelando
Que encubre mal lo que en su pecho guarda.

En un baño de pórvido recuesta
El cuerpo hermoso, y olorosas aguas,
De regalado temple, refrigerio
Dan á sus blancas formas delicadas.

Ya sus oscuras prolongadas trenzas
Deshacen con primor diestras esclavas,
Y las recogen en ligera toca,
Y en aceite de rosa las emapan.

En femenil curiosidad ardiendo
Todas, la hostigan con preguntas varias,
Y quieren que les cuente de la boda
Hasta las más pequeñas circunstancias;

Y los varios colores y divisas:
Quién lució en la corrida de las cañas,
Y con quién ha danzado, y cuáles fueron
Las más vistosas y elegantes galas.

Ella responde á todo, y nombra á todos
Los que en aquellas fiestas se encontraran;
Pero porque su rostro no la venda,
Evita siempre el nombre de Mudarra.

Queda sola en su lecho, y la dulzura
Del sueño bienhechor inquieta aguarda:
¡Ay! sus enamorados pensamientos
De sus ojos lo ahuyentan y separan.

«¿Quién este jóven es?—Deudo, no hay duda,
Del insigne Almanzor.—Mas ¿qué palabras
De tósigo mortal entre los labios
De mi padre escuché?... ¿Por qué su saña?...

» ¡Expósito infeliz!!! ¡Huérfano infame!!!...
No lo dijo por él... Su ilustre alma
Brilla en su faz, su estirpe generosa
En su disposición noble y gallarda.

» Y ¿á quién, á quién el venturoso jóven
La prenda que ganó, ¡cielos! consagra?»...

Así dice entre sí, y acerbo llanto
De sus ojos bellísimos derrama.

¡Infeliz!... ¡Infeliz!... su tierno pecho
Apénas siente del amor la llama,
Y la horrible ponzoña de los celos
Ejercita ya en él su ardiente rabia.

¡Cómo se ofusca, cuánto desvaría
Una imaginación acalorada!
¡Y cuánto el noble pecho de Kerima
Aplaudiera el intento de Mudarra!

Pues luégo que tendió tranquila noche
Su manto oscuro por la tierra opaca,
Al rayo hermoso de naciente luna,
Que entre celajes plácidos se alzaba,

Dirigió el jóven con plausible anhelo
Al sacro bosque la piadosa planta,
Donde la sepultura de Zahira
Entre cipreses lúgubres estaba;

Y de un lauro lozano que sobre ella,
Cual rústico dosel, frondosas ramas
Extendía, con lágrimas los ojos,
Colgó el anillo y enlazó la banda.



NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE

(1) Se empezó esta obra en la isla de Malta, en una casa de campo que está á la orilla del mar, por el mes de setiembre del año 1829.

(2) *Hagib* ó *Alhagib* equivale á ministro principal de palacio, ó primer ministro del imperio. Fué el cargo que obtuvo Almanzor en el reinado de Hixcen, sin que fuera nunca rey ni emperador, como le titulan nuestras historias y antiguos romances; aunque gobernó el imperio muchos años casi exclusivamente, tanto por su valor y entendimiento, como por el genio indolente y oscuro de Hixcen, tercero de su nombre, de quien dice Conde en su *Historia de la dominación de los árabes en España, sacada de varios manuscritos y memorias arábigas*, lo que sigue: «El rey Hixcen, así por los pocos años como por su natural inclinacion, no pensaba sino en sus juegos é inocentes placeres; no salía de sus alcázares y deliciosos jardines, ni deseaba otras distracciones ni recreos, que no conocia... Sabur, el persiano, que habia sido camarero del rey Alhakem, y habia venido de Mérida para la jura del rey Hixcen, quiso hablar con él ántes de su partida, y la sultana Sobeiha le excusó la visita de acuerdo con el Hagib Muhamad (Almanzor), y luégo partió para Algarbe, y los demás Wallés á sus provincias.»

(3) *Azrael* era, segun la creencia musulmana, el ángel que separaba en la hora de la muerte el alma del cuerpo.

(4) *Wall*, prefecto ó gobernador de provincia.

(5) Los nombres de los meses ó lunas entre los árabes eran los siguientes, por este orden: *Muharram*, *Safer*, *Rabié primera*, *Rabié segunda*, *Giumada primera*, *Giumada segunda*, *Regeb*, *Xaban*, *Ramazan* (este era el mes de penitencia, ayuno y expiacion): *Xawal*, *Dylcada* y *Dylhagia*.

(6) *Almueden*, sacristan, mullidor de mezquita, que pregona y llama con grandes voces á la oracion desde lo alto del *alminar* ó torre.

(7) *Huris* eran las doncellas inmortales, habitadoras del paraíso, destinadas para ser allí compañeras eternas de los buenos musulmanes.

(8) *Cadi*, gran juez, presidente del consejo.

(9) *Acidaque*, la dote.

(10) El templo de la Caaba, ó la casa cuadrada, era un templo antiquísimo de la Meca, que se dice fundado por Abraham, ó por Ismael, al que hacian los musulmanes su peregrinacion santa. Fundóla el rey Abderrahman el año 786 de nuestra era. El mismo trazó el plan de la obra, que se propuso fuese semejante á la de Damasco, superior á la de Bagdad y comparable á la Alaksá en la Casa santa de Jerusalem. Gastó en ella más de cien mil doblas de oro, y murió ántes de acabarla.—CONDE en la obra citada.

Convertido este suntuoso y extraño edificio en catedral, se conserva hoy casi intacto, sin más variaciones que las que han sido indispensables para el culto católico.

(11) *Azalá*, oracion. Eran cinco: *Azohbí*, del alba; *Adohar*, del medio dia; *Alasar*, de la tarde; *Almagrib*, al ponerse el sol, y *Alatema*, al anochecer.

(12) *Almimbar*, púlpito.

(13) *Almocrí*, lector de mezquita.

(14) *Amir* ó *Emir*, jefe, general, príncipe.

(15) *Wacir*, ministro principal, gobernador de ciudad.

(16) Grande era el aprecio que se hacia de los poetas entre los árabes de Córdoba, donde habia academia pública de poesía, y donde los ingenios estaban muy festejados y recompensados por los príncipes y caballeros. El citado compilador de los manuscritos árabes dice en el cap. 92 de la segunda parte: «Dió en Zahrá una hermosa casa al célebre historiador Ahmed ben Said el Hamdani, que se ocupaba en escribir la historia de España: asimismo dió el rey casa cerca del alcázar á Jusuf ben Harún, el Arramedi, conocido por Abu Amar, el mejor ingenio de cuantos en este tiempo florecian en Córdoba: habia presentado al rey dos elegantes poemas, uno de la casa y otro de la caballería.» Refiere de él Abulwalid ben el Fardi, que él mismo contaba esto: Salí un dia despues de la zala del juma, y pasé el rio de Córdoba, y andaba en los jardines de Beni Meruán, y encontré en ellos una doncella esclava, que nunca en toda mi vida habia yo visto otra de tal gentileza, ni tan hermosa como ella; la saludé, y me respondió con mucha gracia, pues no sólo era afable, sino tambien en extremo discreta. El tono de su habla era de tanta dulzura, que regalaba los oidos, y se entraba por ellos en el alma; de suerte que su gentileza, su hablar y sus razones, me rindieron el corazón. La dije yo: Por Alá, ¿te podré llamar hermana ó madre?—y ella me respondió: Madre, si quisieres.—Y dije entonces: ¿De gracia, mereceré saber cómo te llaman?—y me respondió: Llámanme Halewa.—Con buenas fadas, dije yo, te pusieron tan dulce nombre, etc., etc.» Por huir la prolijidad, no copiamos el resto, en que se refiere cómo el poeta enamorado de la esclava, hizo un viaje á Zaragoza para pedir á un amigo la cantidad necesaria para comprar á la doncella, la que por desgracia tenia ya otro dueño, cuando volvió á Córdoba su amante. De aquí nacieron disgustos y

hablillas, que despertando la curiosidad del rey, quiso ver á Halewa, y enamorado de su belleza, pasó con ella una mañana, mientras su amo estaba en la mezquita, oyendo el sermón del famoso Mondhir ben Said, que de acuerdo con el rey se dilató más de lo regular en su plática. Esto produjo al cabo nuevos disgustos para nuestro poeta, que estuvo preso y sufrió una larga persecucion.

Hablando dicho autor de la jura del príncipe Hixcen, dice: «Tambien manifestó su ingenio y gratitud al rey en esta ocasion el granadino *Aben Isá* el Gasani, que acababa de llegar de Egipto y de otros países de Oriente, donde habia viajado de orden del rey Alhaken, y le presentó su geografía y una elegante descripción de la comarca de Elvira.» Y más adelante: «Como en este tiempo era tan estimada la erudicion y la poesía en España, hasta las mujeres en su retiro eran estudiosas, y muchas se distinguian por su ingenio y buenos conocimientos. El rey tenia en su alcázar á *Lobna*, doncella muy hermosa, docta en gramática y poesía, en aritmética y otras ciencias. Escribia con singular elegancia y muy bellas letras, y el rey Alhaken se valia de ella para escribir sus cosas reservadas. No habia en el palacio quien la igualara en agudeza de conceptos y suavidad de metros.»

Alhasan fué un poeta sevillano; *Albuker*, otro de Damasco, y ambos florecieron por aquella época.

En la obra citada, tratando en el cap. 98 de cómo Almanzor honra á los doctos, se lee: «Se detenia poco tiempo Almanzor en las fronteras, y mientras estaba en Córdoba, su casa era como una academia de sabios y de hombres de ingenio. La frecuentaba el malagueño *Obada* ben Abdala, que era de los mejores poetas de este tiempo en Andalucía, y escribió la historia de los poetas españoles y una célebre borda ó elogio de Anabi Muhamad.... Hizo unos versos muy elegantes de improviso, y le dió el wacir cien dinares de oro y su casa franca á todas horas.... Estableció Almanzor una academia de humanidades, y sólo tenian asiento en ella hombres doctos, ya conocidos por obras útiles é ingeniosas de varia erudicion en prosa ó en verso. Visitaba las madrisas ó escuelas, y las aljamas y colegios, y se sentaba entre los discípulos, y no permitia que se interrumpiese la enseñanza á su entrada ni á su salida. Daba premios á los maestros y á los discípulos más sobresalientes, etc.»

Es muy curiosa la descripción que se halla en esta obra de Conde, de la boda del hijo de Almanzor, que se celebró en la *Almunia*, en su palacio y jardines. Aunque se ignora el sitio de estos, sospecho que sea el mismo donde hoy está la *alameda del Obispo*.

(17) *Zualfakér* era el nombre del alfanje de Mahoma, que decia haberlo recibido del arcángel Gabriel, y lo dejó en herencia á su yerno Alí.